



Revista de Antropología Social

ISSN: 1131-558X

ras@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid

España

Devillard, Marie José

Antropología social, enfoques (auto)biográficos y vigilancia epistemológica

Revista de Antropología Social, núm. 13, 2004, pp. 161-184

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83801307>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Antropología social, enfoques (auto)biográficos y vigilancia epistemológica

Social Anthropology, (auto)biographical approaches and epistemological surveillance

Marie José Devillard

Universidad Complutense de Madrid
mj.devillard@cps.ucm.es

Resumen

El artículo evalúa las posibilidades de conocimiento generadas por la utilización de enfoques biográficos, desde una doble premisa: la necesidad de recabar datos que ponen en juego la temporalidad, y la obligación de tener presentes tanto las falsas expectativas como las dificultades que dicho uso engendra. Se examinan sucesivamente las posiciones respectivas de los investigadores y de sus informantes, la influencia de los hábitos de pensamiento del conocimiento ordinario, así como lo que cabe esperar de herramientas heurísticas como el análisis contextual (social, intra-textual e intertextual) y la práctica comparativa.

Palabras clave: Relatos de vida. Autobiografías. Sentido ordinario. Constructivismo social. Temporalidad.

Abstract

This article is an attempt to evaluate possibilities of knowledge generated by the use of biographical approaches. It comes out of a twofold premise: the necessity to collect data on temporality and the obligation to keep in mind false expectations as well as difficulties which come from their use. The paper examines the respective position between field workers and their informants, the influence of habits of thought in common knowledge and what we should expect from heuristic tools such as contextual analysis (social, intratextual and intertextual analyses) and comparative practice.

Key words: Life histories, Autobiographies, Ordinary sense, Social Constructivism, Temporality.

SUMARIO 1. Conversación y desigualdad de posición. 2. Narraciones biográficas y conocimiento ordinario. 3. Contextos sociales e interdiscursivos. 4. Alcance de la comparación. 5. Conclusión. 6. Referencias bibliográficas.

Tras un período de eclipse relativo, el interés por las narraciones biográficas ha tomado un nuevo impulso, derivado de las revisiones post-estructuralistas preocupadas por reinsertar a los agentes sociales en el núcleo de las prácticas investigadas. Asimismo, el consabido interés de los antropólogos por sus formas de pensamiento y su posicionamiento da a veces la impresión de unanimidad en torno a un tema que, sin embargo, ni es inequívoco ni sencillo. Además, este enfoque parece haber adquirido ‘carta de naturaleza’ debido a algunas propuestas que, confundiendo las dimensiones significativas e interrelacionales de la acción social con su expresión discursiva e interpersonal, ponen entre paréntesis sus manifestaciones no-discursivas, y abandonan deliberadamente la observación en beneficio casi unilateral de la ‘conversación’ o la ‘entrevista’¹. En cualquier caso y de un modo más general, el éxito de los relatos biográficos se debe -como apuntó Passeron (1991:184)- a su ‘inteligibilidad inmediata’ y, más concretamente, a que reúnen “la transparencia funcional de la ‘pre-noción’, la evidencia existencial de lo vivido y la eficacia dramática de la puesta en escena”.

Dubet y Demazière (1997) constatan que se utilizan habitualmente las entrevistas para ‘recoger informaciones’, ‘establecer hechos’ y ‘obtener testimonios lo más auténticos posibles’. Desde este punto de vista, los relatos de vida podrían considerarse, de buenas a primeras, como un tipo particular de aquellas, definido por un enfoque marcadamente biográfico. Sin embargo, si fuera así, ambos géneros estarían abocados a un inevitable fracaso: el desarrollo tanto de las críticas al empirismo como las dirigidas al realismo histórico, bastan para invalidar sin más consideraciones cualquier trabajo basado en metas tan simples. En realidad, para dichos autores, la afirmación citada es sólo un pretexto para subrayar que, en contra de la apariencia, una entrevista no entrega ‘hechos’ sino ‘palabras’ y, por lo tanto, para afirmar la estrecha relación entre el discurso y su autoría, así como las dificultades inherentes al conocimiento de los ‘universos de creencias’ que subyacen a las palabras. Cabe entonces preguntarse: ¿qué se puede esperar de un documento (oral o escrito) que estuviera privado de datos personales sobre su autor? Anticipo que, en lo que me concierne, estimo tan inevitable el enfoque biográfico para fines cognoscitivos y para sugerir determinadas propuestas explicativas, como cuestionable la pretensión de atribuir a los datos sobre la trayectoria personal (tal como la presentan los propios interesados) un valor heuristicó que rebase el estatus de presunción bien documentada. Estos argumentos justifican el detenerse en algunos de los problemas epistemológicos comunes que su uso plantea, más allá de los objetivos particulares que se persiguen mediante las distintas técnicas (que no cuestiono) ².

1 Cf. por ejemplo, planteamientos como los de Fisher y Marcus (1999[1986]) o Affergan (1999).

2 Teniendo en cuenta los objetivos del presente artículo, utilizaré de manera bastante laxa los términos

Centraré, pues, esta reflexión dentro de un doble marco que asume, por una parte, la obligación de adquirir las claves comprensivas (tanto objetivas como subjetivas) sobre las prácticas sociales, así como la exigencia de abordarlas teniendo en cuenta las limitaciones de la empresa. Para ello, resulta útil trasladar al análisis de los relatos (en particular, de los [auto]biográficos) una serie de reflexiones epistemológicas con las que el investigador evalúa la eficacia de sus dispositivos analíticos y, por lo tanto, el conocimiento que construye.

1. Conversación y desigualdad de posición

El uso de enfoques biográficos en la investigación social hace automáticamente resurgir la sombra del dualismo entre el objetivismo y el subjetivismo. Empezaré, pues, por recordar algunas de las dificultades que oscurecen a menudo la cuestión.

Los relatos de vida y las autobiografías son, ciertamente discursos/ textos que no son uniformes y unilineales sino que, como otros, yuxtaponen elementos discursivos variados y dispares. Contar una vida (o parte de ella) o, simplemente, expresar un punto de vista personal (basado en la experiencia biográfica), no se limitan a una puesta en forma narrativa de una trayectoria vital y de su eventual contextualización. La presentación de la realidad actual y las referencias al pasado, basadas en la descripción de experiencias y de vivencias, recuerdos y olvidos (y/o silencios), se cotejan con expresiones de sentimientos, valoraciones y opiniones, junto a testimonios sobre acontecimientos (presenciados o conocidos a través de terceros) que se asumen (subjetivamente o con determinados fines) como objetivos y verídicos³. Esta pluralidad de 'datos', cualitativamente distintos, plantea cuestiones cuyo examen es imprescindible para apreciar el valor de los materiales biográficos para el conocimiento.

Además, el científico social se encuentra en una posición incómoda que le emplaza a buscar en la *misma* fuente oral/ escrita (lo cual entraña, de por sí, problemas particulares) informaciones y datos *cualitativamente diferentes* y que exigen un tratamiento selectivo. En una primera aproximación se pueden diferenciar distintos objetivos que inducen -con desigual éxito y aplicación, según los casos- a recurrir a unos materiales que *ponen en juego la temporalidad*. Sin pretender agotarlos e ignorar sus conexiones, distinguiré al menos cuatro: (1) comprender el punto de vista subjetivo de los agentes sociales, su interpretación de las acciones y sucesos; (2) identificar las ideas y representaciones comunes, así como los esquemas cognitivos que las organizan; (3) reconstruir hechos pasados (sucesos de índole colectiva, acciones y decisiones...); (4) reunir informaciones que ayuden a situar en el espacio

'biográfico' y 'autobiográfico'. Tampoco distinguiré las distintas técnicas cualitativas de recogida de datos biográficos (relatos de vida, entrevistas en profundidad...).

3 Se encontrarán reflexiones muy parecidas a éstas en Dodier (1990).

socio-histórico y a comprender/ explicar la práctica presente (tanto discursiva como no-discursiva): trayectoria, circunstancias, contexto, etc.⁴ Estos objetivos, como se ve, rebasan englobándolo el valor subjetivista que animaba inicialmente a Ferrarotti, quien advertía la capacidad del método biográfico para “expresar las circunstancias objetivas que definen la existencia de los habitantes de las chabolas [de los suburbios de Roma] y *cómo éstas se viven* desde el punto de vista de las vicisitudes biográficas de los individuos” (1983:151). *A priori* pues, las expectativas no se limitan a restituir la ‘cultura de la pobreza’ (Lewis), a “subjetivar la miseria” (Ferrarotti, *ibidem*:153), o a llevar a cabo ‘la autobiografía de los que no escriben’⁵ (Lejeune, 1980).

Las problemáticas reseñadas presentan un interés especial para los antropólogos en la medida en que al menos dos de ellas (especialmente la primera y la segunda) mantienen una relación estrecha con conceptos y hábitos reflexivos con los que se asimila a menudo el objeto prioritario de la disciplina. La historia de la antropología social ofrece una amplia muestra de estudios en los que se han *naturalizado* las prácticas socio-culturales ignorando el juego existente entre los agentes sociales (portadores de una historia, y personas directamente implicadas en los procesos en curso) y la estructura de los espacios sociales en juego. Fueron necesarias las siguientes rupturas con paradigmas en vigor: reintroducir las dimensiones cotidianas de la historia, replantear nociones tan mal tratadas como las de “tradición” o de “cultura”, y recordar que éstas no existen a espaldas de los individuos sino *en y por* ellos. Es con esta condición como los antropólogos pueden colaborar en la empresa ya diseñada por Mills (1968) al proponer entrecruzar la ‘estructura social’ con la ‘biografía’ y la ‘historia’. En este sentido, es tanto más probable que los investigadores asuman la totalidad de los objetivos citados en la medida en que descarten la *comprehensión* de las narraciones sin un conocimiento adecuado de las condiciones de producción (personales, sociales, históricas...) que subyacen al discurso.

Los objetivos destacados remiten a tipos distintos de temporalidad, obligando de este modo a abordarlos de manera diferente. Para esto resulta clarificadora la diferenciación de modelos de inteligibilidad que gobiernan la interpretación sociológica de los datos biográficos (‘las formas temporales de la causalidad’) realizada por F. De Coninck y F. Godard (1989). Así, frente a la bipartición habitual que opone un enfoque objetivista de las trayectorias a una descripción subjetivista, proponen una tipología tripartita que las subsume. Dicho sucintamente, mientras el primero se centra en la búsqueda del acontecimiento inicial (modelo ‘arqueológico’) el segundo se interesa por los elementos causales que intervienen en el proceso (modelo “*de che-*

4 Si lo planteamos en los términos en los que Ricoeur (2000:169) descompone la ‘operación historiográfica’, la fase ‘documental’, la ‘explicativa/ comprensiva’ y la ‘representativa’, los objetivos citados remiten conjuntamente a las dos primeras

5 Estoy retomando el título de un capítulo del libro de Lejeune, *Je est un autre*.

minement”), y el tercero pone de relieve las temporalidades externas que desbordan las biografías particulares (modelo ‘estructural’). Si bien algunos informantes se prestan espontánea y alternativamente a contar retazos de su ‘vida’ de acuerdo con esquemas cognitivos parecidos, sigue siendo tarea del investigador definir la metodología a seguir: el tipo de datos requeridos en función del caso, y cómo sistematizar su obtención y tratamiento. No obstante, los autores precisan que, en la práctica sociológica, las divisiones no son tan radicales como parece ya que el análisis de la realidad exige más bien su combinación⁶.

Por distintos que sean los fines perseguidos, se constata, pues, que muchas de las preocupaciones que animan a los investigadores intervienen también, a menudo, en los discursos ordinarios. Como Grize (1996:232) destaca, “uno de los rasgos más sobresalientes del discurso común, que se encuentra también en los enfoques de las ciencias históricas, es la presencia de los locutores con sus puntos de vista, el papel de la argumentación, el recurso a unos contextos, la comparación y la necesidad de interpretar”. Estos rasgos, asumidos en el caso de la conversación ordinaria están inevitablemente presentes en los discursos (auto)biográficos, objetos de estudio. ¿Qué consecuencias sacar de estas similitudes? El argumento no justifica la equiparación entre los usos y las perspectivas que caracterizan el conocimiento de sentido común y el científico. Si bien, como apuntó Schutz en su momento, existen notables coincidencias entre ambos, siguen siendo incommensurables.

Hace ya una treintena de años que Veyne y De Certeau han recordado de manera definitiva que el historiador ‘sólo escribe relatos’, ‘versiones de acontecimientos’. Este tipo de indicaciones condensan afirmaciones de diferente índole y desigual alcance⁷: la crítica al realismo histórico, la dependencia de los presupuestos y de la metodología de conocimiento, el trabajo de configuración del escrito. Sin embargo, estos y otros logros epistemológicos (rupturas con el empirismo, el naturalismo, mediante formulaciones como la afirmación de Saussure según la cual ‘el punto de vista crea el objeto’ o la consagrada por el título del libro de Berger y Luckman *La construcción social de la realidad*, etc.) prestan a veces un apoyo inesperado (en

6 El planteamiento nos acerca al ‘pluralismo explicativo’ sugerido por Jackson y Petit (1993) y me parece mucho más prometedor que el consistente en descartar de antemano la existencia de otros procesos y temporalidades. En efecto las premisas de lo que Dodier denomina la ‘economía de la interpretación’ no son igualmente convincentes. Si bien estamos de acuerdo con la necesidad de proteger los discursos de las reducciones dándonos “los medios de seguir cómo las representaciones se despliegan” (Dodier, 1990:123) no resulta tan fácilmente aceptable la idea de que la acción no es el producto combinado de distintos niveles de realidades sociales. Este enfoque padece, a mi modo de ver, de algunas de las confusiones a las que aludo en este apartado.

7 Esta afirmación, recordemoslo, responde a un planteamiento obviamente distinto al invocado por Bertaux cuando afirma la necesidad de aplicar un ‘postulado realista’: “partimos de la afirmación llamada ‘realista’ según la cual la historia de una persona (y también de una ciudad, institución, país) posee una realidad que es anterior a la forma en la que ella la cuenta e independiente de ella.” (Bertaux, 1997:33).

cierto modo, malicioso) y negativo, que tiende a deslegitimar el propio intento de estar atento a las dimensiones temporales y a las limitaciones a las que está confrontado el conocimiento (tanto científico como de sentido común). Si se utilizan sin rigor, se vuelven infortunados porque permiten soterrada o explícitamente interpretar la realidad como si fuera un ‘texto’ a descifrar⁸, y restringir la labor analítica a un nivel estrechamente intra-textual en tanto que re-creaciones puras (limitadamente determinadas) de los hechos, versiones variadas o puntos de vista particulares sobre la realidad personal y social (legitimadores de un relativismo generalizado). Se corre el riesgo de relegar la indagación de las condiciones de producción de los relatos y de los hechos relatados como disquisiciones pasadas de moda, planteamientos afe-rrados al determinismo, reminiscencias de nociones que niegan la capacidad del sujeto de dar razón del sentido de sus acciones, etc.⁹

En cualquier caso, la crítica -desde diferentes frentes teóricos- del objetivismo científico (denuncia de la falsa neutralidad del científico y de las expectativas engañosas que dejaría planear la defensa de la ‘ruptura epistemológica’) ha mostrado hasta la saciedad la intervención del investigador en todas las fases analíticas. Sin embargo, esta constatación ha dado pie a veces a confundir, por precipitación o facilidad, problemas de distinta naturaleza: en particular, la posición de quienes afirman las diferencias entre el punto de vista del investigador y el del nativo con una negación del vínculo entre el objeto investigado y las formas de conocimiento, y una visión prepotente del analista en relación al entrevistado¹⁰. Una atención más fina tanto a lo que implica la defensa de una antropología reflexiva como al hecho de objetivar *narrando* las llamadas ‘experiencias personales’ (y su génesis), deberían aclarar definitivamente este tema.

Además del empobrecimiento del enfoque discutido al que da lugar la amalgama

8 La metáfora que permite pensar la realidad social como un ‘texto’ (divulgada por Geertz), incita a confundir el punto de vista del actor (que actúa) con el del observador (que descifra la acción del primero). Un paso más, y la investigación antropológica puede entonces plantearse como el intercambio de textos y versiones elaborados en situaciones de intercomunicación, que ciertos antropólogos ‘postmodernos’ parecen proponer como salida a los nuevos retos de la disciplina. Para una crítica sistemática de “los modelos del texto y del diálogo”, véase entre otros el trabajo de Borutti (1999). La autora apunta así que constituyen al fin y al cabo “puntos de vista abstractos y contemplativos de la comprensión”: 1) desatienden el contexto pragmático y vital del encuentro con el otro; 2) no tienen en cuenta los malentendidos y la opacidad de la relación; 3) sobreestiman las posibilidades de comprensión por parte del intérprete (Borutti, 1999:33). Concluye: “este optimismo hermenéutico sobreentiende en el fondo la primacía de la representación y una concepción del conocimiento como si se pasara directamente de la visión a la re-configuración de la visión en un texto. Nos movemos pues dentro de una lógica logocéntrica, contemplativa, intelectualista, donde la representación verbal prevalece.” (ibidem:37).

9 En todo esto, me parece que no son sino nuevas manifestaciones del empedernido dualismo que, apoyado en una ideología individualista, sigue mostrando la incapacidad de pensar conjuntamente el individuo y la sociedad, sin reducción de los procesos a uno u otro de sus términos.

10 Recordemos que, según este planteamiento, los investigadores seguirían (de acuerdo con premisas desfasadas sobre la labor científica) suplantar el ‘punto de vista subjetivo’ mediante la elaboración de modelos explicativos objetivos, considerados como más reales y próximos a los hechos.

de problemas diferentes, estas confusiones han permitido que algunos investigadores equiparen los discursos eruditos y los ordinarios, considerándolos igualmente ‘subjetivos’. Frente a esto, hay que recordar no sólo los distintos niveles (y modos) de implicación para con la práctica que separan a los co-partícipes del encuentro (investigador y narrador), sino también las diferencias cualitativas entre sus abordajes respectivos. Una primera distinción se establece, como destaca Bourdieu, entre el punto de vista (por definición) escolástico del primero comparado con la relación ‘práctica’ que caracteriza al segundo. En este sentido, mientras a uno se aplicaría lo que Passeron denomina los ‘efectos de conocimiento’ y de ‘inteligibilidad’ propios del razonamiento científico, cabe atribuir al segundo los que caracterizan al ‘sentido común’ y la implicación directa en la acción. En consecuencia, ante un relato de vida, el investigador está obligatoriamente confrontado a asumir una doble perspectiva. De un lado, tiene que “tomar en serio las palabras de la gente”¹¹, y por otra parte ‘distanciarse de ellas’. Esta doble actitud se impone tanto por la obligación de no renunciar a las ventajas que le proporciona su posición de exterioridad, como por las expectativas de conocimiento que abre la puesta en evidencia de las diferencias de puntos de vista con respecto a la biografía relatada. En este sentido, la autobiografía y la utilización científica del relato de vida marcarían claramente dos extremos. Bertaux lo sugiere al afirmar que el relato de vida, recogido “con fines de investigación, es algo muy distinto de la forma oral de una autobiografía potencial. Como ésta, consiste, ciertamente en un testimonio sobre la experiencia vivida, pero se trata de un testimonio orientado por la *intención de conocimiento* por parte del investigador que lo recoge” (1997:46). Este objetivo es lo que distingue claramente la práctica de narrar a alguien “un episodio cualquiera de [la] experiencia vivida [de uno]” (*ibidem*: 32) de su puesta en práctica por el investigador. De hecho, esta intención de conocimiento no marca únicamente el objetivo del análisis sino también la temática tratada y el propio ‘pacto de entrevista’.

No es necesario insistir más, sino para recordar que la única manera de hacer justicia al agente social (a su historia, su implicación personal y su visión...) en el análisis consiste en atender seriamente a los procesos tanto cognitivo-simbólicos como sociales que contribuyen a que articule su realidad y actúe tal como lo hace. No obstante, este enfoque no deja de plantear dudas y vacilaciones para el antropólogo social cuando lo traslada a su propia práctica investigadora. El énfasis puesto en la ‘intención de conocimiento’ es lo que permite que Bertaux (1997:37) afirme la necesidad de ir más allá de la ‘forma discursiva’ para centrarse decididamente en el ‘núcleo común de las experiencias’ que, según este mismo autor, “debe ser buscado más del lado de las prácticas que del de las representaciones”. Esta afirmación

11 Retomo la expresión por la que optan Demazière et Dubar (1997).

encierra dos temas que hay que considerar de manera separada: situar respectivamente ambos niveles de realidad y esclarecer los objetivos perseguidos por el investigador. Lo que es imperioso desde el punto de vista del proceso de conocimiento, a saber respetar la jerarquía de las tareas científicas (la definición de los objetivos define la elección de la técnica), deja no obstante en la indeterminación los presupuestos en los que se basa la partición de la realidad resultante. Según entiendo el planteamiento, el uso de los relatos de vida se justifica porque constituyen un instrumento pertinente y eficaz para poner de relieve y descubrir hechos y procesos (viaje, trabajo, matrimonio...) que han marcado genéticamente la trayectoria del agente social considerado (sector de actividad, población..), y para averiguar (mediante la comparación) las regularidades que permitan dar cuenta de los modos de vida y acción. Así, se pueden independizar los hechos que se consideran como objetivos (los que constituyen la *realidad previa* a su puesta en forma narrativa¹²) de las formulaciones y mediaciones diversas que estructuran tanto la experiencia como el relato de la misma. No obstante, relegar la importancia de las ‘representaciones’ en favor de las prácticas corre el riesgo de reintroducir subrepticiamente una vieja dicotomía: ¿debemos mantener una separación entre ambos órdenes de hechos? y ¿en qué medida el investigador que utiliza relatos puede obviar la cuestión de sus consecuencias sobre la naturaleza del conocimiento e, incluso, sobre la propia representación de la realidad así propiciada?

Ya me he detenido en otro lugar en algunas de las aporías ligadas al proceso de conocimiento del llamado ‘punto de vista nativo’ (Devillard, 2003). Además de las divergencias de análisis según los enfoques teóricos desde los cuales se aborda, esta expresión está -a mi modo de ver- demasiado frecuente y restrictivamente entendida en el sentido de *expresión oral de la visión subjetiva* del mundo. Por el contrario, resulta más útil considerar que designa global y simultáneamente *lugares/posiciones* en los espacios sociales y las propias *acciones* (discursivas y no discursivas, cognoscitivas y prácticas, de presentación y de representación...) que manifiestan cómo y desde dónde el agente social actúa (cómo habla, ciertamente, pero también, qué hace o piensa...) y participa (o no) en la vida social. Es el punto/ lugar estructural (socialmente complejo) desde el cual se generan e interpretan las vivencias y lo que hace que el sentido no sea únicamente lingüístico sino también no verbal: un sentido “encarnado”, como subraya Borutti, en los comportamientos, las acciones y, también, en la mirada (1997:36). En consecuencia, los relatos (auto)biográficos se presentan de antemano como una de sus formas de objetivación y es en tanto que tales que debemos abordar la cuestión de las posiciones respectivas de los investigadores y de sus informantes.

12 Ver supra nota 6.

A pesar de la creciente toma de conciencia de las ambigüedades que planean sobre el tema, una de las más fundamentales se debe al hecho de que la labor de los antropólogos sociales se desarrolla principalmente en unas condiciones de investigación definidas por la *ausencia de disposiciones comunes* con los agentes sociales estudiados: modos de vida, formas de hacer y de ver, esquemas de pensamiento, estructuras semánticas, etc. Se diría que, al faltarnos las bases o ‘claves’ interpretativas, nuestro *objetivo primario* consiste precisamente en adquirirlas: la observación de las situaciones naturales o las conversaciones, los problemas que en ellas se plantean, sus formulaciones y explicaciones, los términos utilizados, constituyen una parte importante del material del que *dependemos* para comprender los distintos tipos de ‘mediaciones’ sociales, culturales e históricas que se interponen en la construcción de la realidad tanto objetiva como subjetiva. Gran parte de las dificultades y las falsas promesas de los enfoques clásicos que pretendieron abordar *todas* las facetas de la realidad cultural, se debieron a la asociación entre esta necesidad de adquirir un conocimiento pormenorizado del contexto de vida y su evolución a lo largo de los ciclos vitales, con una visión simplista, monolítica y relativamente estanca de las culturas precapitalistas y/o dominadas (reiterada y justamente criticada posteriormente). Si el giro desde una mirada antropológica centrada en el conocimiento de los colectivos (a menudo asociados con unos *espacios*) hacia las prácticas en sí mismas, los problemas y los campos sociales, permite abordar la realidad desde una perspectiva menos determinista, ensimismada, y más acorde con el carácter dinámico de los hechos sociales, siguen siendo problemáticas las posibilidades de encontrar una metodología que permita tener una orientación lo más ‘sintética’ y ‘compleja’ posible de las formas de ver y de actuar ajenas.

2. Narraciones biográficas y conocimiento ordinario

Si bien los relatos biográficos presentan propiedades específicas, su utilización por personas externas no permite prescindir de detenerse en lo que comparten con otras prácticas clasificadorias, y de la forma en la que el agente social aprehende los hechos de los que habla o sobre los que escribe. En este punto también, varias dificultades nos aguardan.

Se constata que, mientras la idea (divulgada por la sociología comprensiva) de que la comunicación social se establece sobre la base de significaciones compartidas está ampliamente admitida, por el contrario los procesos que intervienen en la forma de abordar (y, por lo tanto, relatar y dar cuenta de) los hechos y acontecimientos por parte del sentido común, son menos sistemáticamente atendidos en el análisis de los relatos testimoniales. Aunque no sean igualmente asumidos por los investigadores, la cuestión puede recibir dos tipos de respuestas complementarias: una consiste en poner de relieve las características del razonamiento ordinario y la otra, que trataré en el apartado siguiente, en plantear las condiciones socio-históricas de tal aprehensión.

La asunción por los investigadores del ‘giro lingüístico’ tiende a veces a focalizar abusivamente toda la cuestión. En este sentido parece saludable reconocer que el primer problema evocado no concierne sólo el habla con la que los agentes sociales cuentan para relatar los hechos, sino también los dispositivos cognitivos con los que consideran su experiencia personal. En este doble plano, dos obras, *L'événement en perspective* y *Les formes de l'action* compiladas por Jean Luc Petit, y Patrick Pharo y Louis Quéré respectivamente, reunen un conjunto de comentarios sugerentes. Para el caso, me limitaré a retomar algunas observaciones con el fin de ilustrar las precauciones que deben guiar nuestro uso del material discursivo, incluidos los relatos donde prima una intencionalidad biográfica.

Pharo subraya la necesidad de admitir que la “conciencia del sujeto que piensa y actúa utiliza las mismas estructuras semánticas que autorizan la comprensión de este primer sujeto por otro sujeto” (1993:246)¹³. Las similitudes entre el proceso de pensamiento individual y la comunicación social no harían sino confirmar la primacía de la empresa consistente en identificar los esquemas cognitivos y los recursos semánticos disponibles en un entorno social e histórico determinado. Una cuestión distinta concierne a la transformación de la acción ejercida por su traducción en palabras. Como señala Dodier (1990), no es una operación evidente ya que plantea las dificultades inherentes al hecho de relatar lo ocurrido conformándose con modalidades de expresión predeterminadas. También destaca otro aspecto cuyo desconocimiento resulta especialmente gravoso en el caso de los relatos biográficos. En efecto, en este caso, está rara vez reunida una condición metodológica fundamental en su planteamiento, a saber el trabajo empírico que permitiera al investigador disponer de ambas cosas a la vez, de las ‘acciones primitivas’ y de ‘sus representaciones sucesivas...’. En este sentido, a falta de disponer de los medios de “observar el desarrollo y el resultado de las pruebas: las lecciones que las personas sacan” (Dodier, 1990:121), el investigador que utiliza relatos de vida no puede menos que admitir que está no sólo ante una reconstrucción ‘de tercera mano’ sino que su objeto de investigación está limitado en varios frentes empezando por el desconocimiento directo de la experiencia original, su codificación y las progresivas redefiniciones por las que ha pasado. Por otra parte, dicho autor (*op.cit.*:115) recuerda también -retomando la terminología de Schutz- que, la narración convierte la acción en un *acto* que “ya no está abierto hacia el porvenir”, cuyo “desenlace se conoce” y que “se puede considerar retrospectivamente”. Lo que aquí se plantea rebasa, pues, las dimensiones ligadas a la expresión lingüística propiamente dicha para afectar al propio referente, al acontecimiento/acción primario/a cuya importancia objetiva y subjetiva se pretende evaluar. La conversión de la práctica en algo pretérito a través del relato tiene también un paralelo en la imposibilidad de restituir

13 La precisión no es nimia ya que implica un distanciamiento con respecto a la etnometodología, o la pragmática del lenguaje y una reevaluación de la sociología comprensiva weberiana.

los procesos de elección/decisión ya que la narración sólo (y en el mejor de los casos) da acceso a sus resultados (Levi, 1989:1329). Por consiguiente, antes incluso de plantearse la cuestión de las modalidades de construcción de la memoria y del olvido, lo ‘irreal del pasado’ (Lejeune, 1998) o también el carácter ‘presente del pasado’ (Mead, 1992[1929]) -temas cuya importancia no cabe subestimar- tanto el investigador como el narrador (o autobiógrafo) están confrontados, aún sin ser necesariamente conscientes de ello, a la evanescencia de la acción por la evolución (cambio, sustitución...) de las condiciones personales y sociales, y los procesos de configuración/ refiguración, que han registrado a lo largo del itinerario vital del agente social.

Otro panel de cuestiones a tener en cuenta se refiere a la consideración que merece (el acceso a) la experiencia personal (lo visto, oído, vivido...), desde ambas perspectivas. El problema se desglosa en otras dos dimensiones diferenciadas: la percepción que tienen los sujetos de las cosas, y las posibilidades reales de reconstruir la trayectoria personal en toda su magnitud, ya que parece una simplificación extrema reducirla a una serie de puntos (fechas, puestos desempeñados, situaciones domésticas...). Con respecto a la primera, distintos autores destacan así tan pronto las convicciones de sentido común sobre la naturaleza de las cosas como la dimensión fundamentalmente referencial del lenguaje ordinario. Hace ya tiempo, Pollner (1991[1974]:75) había subrayado que, por muy acertadas que sean las sugerencias de los filósofos sobre el carácter ilusorio del mundo objetivo, no se puede menospreciar el hecho de que “la mayor parte de la gente se quede con las presuposiciones básicas que inspiran la concepción de nuestras relaciones con el mundo”. Petit (1991:12) constata también que “el uso cotidiano del lenguaje” otorga una gran importancia “a la referencia”, que se supone ser una réplica del acontecimiento (práctica, experiencia, situación...). De Fornel (1991:98) añade que, salvo circunstancias excepcionales, los agentes sociales no consideran que su descripción sea una interpretación, una ‘versión de lo ocurrido’¹⁴. También constata Barthélémy que el sujeto no científico aprehende el conocimiento de un objeto como si fuera esencialmente determinado por su identidad misma sin prestar atención a « la especificidad de las prácticas sociales que lo constituyen como objeto de conocimiento ordinario» (1990:195). Así, aunque estas características no cogen de improviso al antropólogo (ya que está acostumbrado a tomar en consideración la existencia de *lógicas* distintas), hay que recordar que soslayan igualmente la expresión/narración de los hechos más banales y también, por consiguiente, la propia historia personal.

En relación al segundo tema, es un hecho que toda narración, por muy precisa y fiel que pretenda ser, enlaza (y, en cierta medida, esconde) datos de diversa índole, que el investigador no puede descuidar a menos de aceptar que lo único válido es ‘la

14 La cursiva es mía

puesta en intriga', la reconstrucción de una biografía tal como la presenta (y/o se la representa) el entrevistado o el escritor. La cuestión rebasa el problema de la ficción y de las posibilidades de conocimiento realista. Incluso admitiendo la incapacidad de obtener 'informaciones', 'datos fehacientes' sobre los hechos tal como sucedieron efectivamente¹⁵, y reconociendo que el vector de la narración es inevitablemente retroactivo, sigue siendo necesario tener en cuenta no sólo la arbitrariedad de la aparente linealidad representada en el texto, el carácter falaz de la 'ilusión biográfica' (Bourdieu), sino la imposibilidad de exponer *cronológicamente* una vida. Las entrevistas sólo reflejan la posición subjetiva a costa de un 'trabajo' reflexivo prolongado y de continuas rupturas narrativas¹⁶. Se pueden citar hechos dispares que impiden que fuera de otro modo. Por una parte, al entrecruzarse simultáneamente varias trayectorias según el ámbito referido (familia, trabajo...), los sujetos refieren, como recuerda Lahire, distintas 'vidas' que no son homólogas ni reductibles unas a otras y que, incluso, pueden presentar rasgos contradictorios. Pero, también, los mismos sucesos pueden ser valorados y representados narrativamente de manera completamente distinta según el objeto en juego... Como muestra Pazos en su contribución a este número, la propia selección de los hitos biográficos por un informante ejerce, en función de las dinámicas propias de los campos sociales, unas tensiones discursivas que estiran el relato en un sentido o en otro... y propician efectos de presentación de sí mismo no necesaria y estrictamente convergentes.

En suma, ninguno de los comentarios anteriores legitima la defensa de una posición omnisciente del investigador, sino que ayudan a precisar las posiciones respectivas en relación a lo transmitido en las narraciones (auto)biográficas. En particular, previenen contra la tentación de descartar dichas 'construcciones' del sentido común en nombre de las contra-evidencias proporcionadas por las críticas al realismo: los replanteamientos de los científicos sobre la objetividad y la veracidad no pueden impedir la toma en consideración de las interpretaciones y reconstrucciones personales, en tanto que son constitutivas de los relatos, expresan puntos de vista sobre el mundo personal y colectivo, y tienen una eficacia social y simbólica de mayor o menor grado según los casos¹⁷. Cuando tratamos con relatos sobre prácticas, acontecimientos, vivencias o experiencias, se impone hacer una evaluación lúcida del

15 Recordemos que los factores que lo impiden son de muy diversa naturaleza. Intervienen la construcción presente del pasado, la existencia de marcos sociales adecuados, el juego entre el recuerdo y el olvido, el interés y la omisión...

16 "Las entrevistas ?apunta Lahire (2002:393)- están a menudo compuestas por una multitud de pequeños relatos más o menos bien articulados unos con otros, que mantienen entre sí lazos asociativos más que narrativos".

17 En este sentido, uno se inclina a aplicar al caso advertencias parecidas a las de Laplantine (1999:19) cuando sugiere distinguir el uso del concepto 'identidad' para fines de conocimiento (en cuyo caso es de aplicación dudosa) del hecho de que esté defendida por los agentes sociales y sea eficaz en el ámbito socio-político. Veyne (op. cit:78) cita a Oakeshott, quien observa que la actividad del historiador, comparada con la actitud práctica respecto al pasado, constituye 'un proceso de emancipación'.

alcance real de los actos de habla, la relación existente entre éstos y el objeto (definido socio-históricamente) del discurso, y lo que cabe esperar del conjunto.¹⁸

3. Contextos sociales e interdiscursivos.

El análisis metódico de los datos biográficos exige prestar atención a distintos niveles de análisis, cuyo alcance teórico-epistemológico y cognoscitivo varía considerablemente. Los más fáciles de abordar (por lo menos a primera vista) conciernen a las dimensiones lingüísticas, al contexto semántico e intra-discursivo, y por otra parte, a los aspectos socio-metodológicos y conversacionales, es decir, a la propia situación de entrevista y la producción del sentido generado en la misma. Los más ambiciosos pero, al mismo tiempo, escurridizos y prácticamente inalcanzables, quisieran abarcar los procesos sociales convergentes (presentes y pasados) de distinta naturaleza, a los que remiten objetiva y subjetivamente tanto los propios discursos como, en función de sus peculiaridades, sus referentes. Desde esta perspectiva, se rechaza tratar los relatos (auto)biográficos sólo como narraciones y medios de objetivación de ‘yoes’ en una situación de interlocución. Hay que sacar todas las consecuencias del hecho de que los discursos son tanto productos de situaciones sociales como unas prácticas situadas social e históricamente. En particular esto exige que se les identifique como acciones cuya significación y eficacia sociales son variables e interpretables de distintas maneras. El objeto del diálogo entre el investigador y el entrevistado vierte sobre acciones significativas así definidas. De ahí que una atención centrada demasiado unilateralmente en la producción del relato en el curso del encuentro (o, en el caso de una autobiografía, a través del ‘pacto autobiográfico’ entre el autor y el lector) corre el riesgo de descuidar el hecho de que lo dicho (o lo escrito) se inserte en otros entramados discursivos y prácticos (pasados y contemporáneos), cuyos términos y expresión no se negocian exclusivamente a lo largo de la conversación (o la lectura).

Por consiguiente, la naturaleza histórica de las narraciones implica fenómenos sociales variados con respecto a los cuales cabe plantearse si es factible abarcálos todos y con igual pertinencia. En primera aproximación, podemos representar la realidad socio-discursiva dentro de lo que Bourdieu denomina el “espacio de los posibles”. Restituirlo, tal como se sugiere en la *Miseria del mundo*, consiste en mostrar que los discursos se construyen en *vis-à-vis*, unos en relación a otros dentro de un espacio que es social y cognitivo a la vez. Tanto el espacio ‘discursivo’ como el ‘social (que objetiva, y del que emana) son, siguiendo el mismo planteamiento,

18 "(..) Las dificultades tienen frecuentemente un aspecto cualitativo, que remite al carácter a menudo elusivo de las declaraciones personales, expresan la ambigüedad característica de las percepciones subjetivas separadas de las relaciones dialécticas que las une al marco estructural objetivo, la versatilidad de los estados de ánimo, el curso imprevisible de los sentimientos." (Ferrarotti, 1983:150).

estructurados históricamente, estructurantes y potencialmente cambiantes, en función de la situación (personal y/o social) presente y de la apreciación (individual y/o colectiva) de lo que está en juego (objeto del discurso, estado de las fuerzas sociales concernidas...). La interdiscursividad se basa en la constatación de que los enunciados recogidos se presentan frecuentemente como unas ‘respuestas a’ (o un ‘diálogo con’) otros discursos (acciones), presumidos o también imaginarios, social y circunstancialmente definidos. Así, al poner inevitablemente en juego una red formada por otros enunciados (o prácticas), el enfoque biográfico no escapa tampoco a las exigencias de la intertextualidad. De este modo, las propias narraciones se insertan dentro de una pluralidad de discursos más o menos conexos, y cuyas imágenes intervienen (directa o indirectamente, explícita o implícitamente) tanto en lo expuesto como en las propias modalidades de exposición¹⁹.

Por ejemplo, en nuestra investigación sobre los ‘niños españoles emigrados a la URSS’ (Devillard, Pazos, Castillo, Medina, 2001), los datos biográficos seleccionados por un sujeto en su relato (en un determinado contexto discursivo) no pueden considerarse únicamente como una secuencia de acciones, situaciones, acontecimientos, por los que el agente afirma (retrospectivamente) haber pasado a lo largo de su vida y que dan cuenta de su historia y experiencia personal (y grupal). Obliga -en función del objeto en juego y de los sistemas de disposiciones adquiridos en el marco de distintos espacios- a considerar la misma *tensión discursiva* ejercida por la interpretación (tácita o explícita) de circunstancias tan diferentes como: la situación, la posición social y el posicionamiento actuales de los miembros del colectivo; las propiedades de las personas e instituciones frente a las cuales se posicionan (indirecta o explícitamente); la manera -con arreglo a lo anterior- de evaluar hoy las posibilidades objetivas y subjetivas que estructuraban el espacio de los posibles en cada momento de la trayectoria personal y grupal; la apreciación de lo decible y lo no decible, los discursos consensuados y/o legítimos sobre la historia común; los esquemas cognitivos disponibles y su eficacia simbólica en el contexto actual... Asimismo, se observa hasta la saciedad como poco importa que el objeto de la narración sea una práctica o una representación: acciones que pueden considerarse como objetivas, fechadas y conformadoras del curso de la vida (afiliación o no al PCE, adquisición de la ‘ciudadanía soviética’, volver o no a España...) aparecen o son negadas, en función de una gran gama de hechos que impiden tenerlos en cuenta con arreglo al valor nominal que tienen *a priori* en el discurso.

Esta pluralidad de dimensiones (cuya impronta parece poco dudosa cuando se procura reconstruir el espacio discursivo en el que se inserta el discurso presente y del que saca su sentido) enmascara todavía una dificultad de mayor envergadura. Al

19 Agradezco a Jean Pierre Jeancolas haberme llamado la atención sobre el parecido entre el entramado de la película de Tarkowski "The mirror" y este planteamiento del análisis biográfico.

señalar Merleau-Ponty que si bien “la verdadera objetividad exige examinar, con el fin de restituirles su rol real, los componentes ‘subjetivos’ del acontecimiento, la interpretación de los contemporáneos y de los protagonistas”, ya advirtió que, no obstante, “el historiador tendrá que confrontarlos con los hechos, medir eventualmente la distancia que los separa” y concluía que es cuando “la tarea de la historia se presenta entonces con toda su dificultad” (1966:160-161). ¿Ofrecen los testimonios un material adecuado para “despertar el pasado, volverlo a situar en el presente, reconstituir la atmósfera de la época tal como la vivieron los contemporáneos (...)”? (*ibidem*) Además, una trayectoria (tanto personal como colectiva) se diseña en la práctica dentro de un abanico más o menos amplio de secuencias posibles, de “posibilidades abortadas, acontecimientos que no tuvieron lugar” como apunta Veyne, (1978[1971]:144) que las narraciones no permiten identificar. Por todas estas razones, hay que admitir, pues, que el conocimiento al que podemos aspirar es siempre y obligatoriamente ‘mutilado’; el mismo Veyne (quien aplica este término al saber historiográfico) también constata que “las explicaciones de los historiadores serán siempre incompletas, porque no podrán jamás ser una regresión hacia el infinito” (*op. cit.*:136). A su vez, Lahire enlaza claramente la dificultad sociológica fundamental (“la correspondencia entre disposición/ situación (...) no se puede nunca verificar empíricamente” [1998:59]) con la imposibilidad de adquirir un conocimiento real de los hechos y circunstancias relatados en los textos biográficos que se suponen en el origen de las ‘disposiciones’. “El investigador, en definitiva, las reconstruye sobre la base (1) de la descripción (o de la reconstrucción) de las prácticas, (2) de la descripción (o de la reconstrucción) de las situaciones en las que se despliegan las prácticas, y (3) de las reconstrucciones de los elementos considerados importantes de la historia (itinerario, biografía, trayectoria, etc.) del que los pone en práctica” (*ibidem*:63).

Si las perspectivas de conocimiento se alejan en función del nivel de complejidad del espacio social y cognitivo necesario para aprehender la realidad, la cuestión se vuelve aún más infranqueable al enfrentarse con relatos cuya comprensión requeriría puestas en perspectiva múltiples. Cabría decir que nuestra capacidad de dar cuenta de la realidad varía inversamente con la naturaleza y amplitud de los objetivos perseguidos. Por ejemplo, el uso de relatos de vida en la investigación sobre la construcción de la enfermedad por personas que padecían artritis reumatoide (Devillard, Otegui, García, 1991) no ha planteado dificultades parecidas a la ya citada sobre los ‘niños españoles evacuados a la URSS’. En la primera, los agentes sociales no formaban un ‘grupo’ de personas que compartieran entre sí un mundo de proximidad²⁰. De este modo, mientras la atención estaba principalmente centrada en las re-

20 La muestra definida por el equipo médico respondía a criterios también médicos: compartir una misma enfermedad crónica, un idéntico nivel de desarrollo de la misma y ser atendido por el mismo centro hospitalario.

presentaciones en torno a la situación corporal y social (comparábamos trayectorias esencialmente personales y familiares), uno se podía satisfacer con la obtención de los datos biográficos que permitieran situar el alcance personal y social de la morbilidad y conocer las respuestas prácticas ante dicha circunstancia. Por el contrario, en el segundo caso, la amplitud del tema estaba abocada, desde el principio, a superarnos²¹. La decisión de tener en cuenta el recorrido a lo largo de los sesenta años que siguieron la marcha al exilio no se debía únicamente a la preocupación por romper con la tendencia (bastante generalizada en las publicaciones entonces existentes) consistente en estancar la ‘historia’ del colectivo en el acontecimiento primario: la salida a la URSS. Se imponía por cuestiones teórico-metodológicas: en efecto ¿Cómo renunciar a tener en cuenta las consecuencias de hechos históricos, nacionales e internacionales, en un caso en el que, por definición, se trataba de personas que estuvieron confrontadas, desde la infancia hasta la vejez, a “presentes contradictorios”, “heterogéneos” respecto a su “pasado incorporado” (Lahire, 1998:95)? ¿Cómo, prescindir del conocimiento de los datos biográficos más recientes presuponiendo precisamente que éstos proporcionan elementos básicos de comprensión del discurso (actual) sobre el pasado? Exceptuando algunos datos de orden ‘balístico’, que ayudan a situar los acontecimientos en el tiempo y a evaluar objetivamente su alcance respectivo (la edad, el lugar de nacimiento, los estudios, el matrimonio, la profesión, el lugar de residencia, la fecha de vuelta, etc., en distintos momentos de la vida), ¿cómo aspirar a reconstruir la significación personal y social de los hechos pasados cuando se asume que sólo alcanzamos ‘lo dicho de lo que fue’ (Ricoeur, 2000)? Desde el momento en el que no se planteaba el objetivo de restituir una secuencia de ‘hechos’ considerados como significativos en sí mismos, se hacían más inverosímiles las posibilidades de *comprender* holísticamente las trayectorias de los agentes sociales. Aún aceptando, como hicimos, que sólo podíamos pretender conocer cómo los agentes sociales se representan e interpretan su historia en la actualidad, ha permanecido viva nuestra prevención respecto al grado de comprensión al que podíamos llegar. En todo momento hemos considerado que los discursos recogidos, la interpretación de los relatos de vida, nos colocaban ante realidades pluri-dimensionales y multiformes que no casaban con descripciones sustantivas, unilineales y faltas de ambigüedad, hechas bien sea por los propios investigados o por los investigadores. Pese a las apariencias, se nos escapaban muchos elementos que permitieran abordar fielmente las condiciones (de diversa índole) que generan la interpretación presente de los hechos pasados, y los procesos (conver-

21 Por toda respuesta, formamos un equipo en el cual los investigadores tenían el cometido de centrarse en partes distintas del campo de investigación. Esta estrategia de trabajo permitió una dedicación más individualizada a ciertos aspectos del mismo pero no permitía, obviamente, superar las dificultades que estamos planteando en la reflexión presente.

gentes, y eventualmente contrarios o, incluso, caracterizados por una temporalidad diferente) que estaban en juego en dichos contextos socio-históricos y pudieron incidir en las inflexiones (o rupturas) de las trayectorias personales y/o grupales²². De este modo, al entender que una decisión, una inclinación o cualquier manifestación cultural (narradas) implican una tupida red de fuerzas sociales y cognitivas²³, las dificultades crecen proporcional y geométricamente.

4. Alcance de la comparación

La comparación es un medio de conocimiento cuyos resultados están estrechamente ligados a la naturaleza del objeto investigado y a los instrumentos heurísticos con los que éste es aprehendido. En antropología ha servido tan pronto para ilustrar la diversidad sociocultural como para reducirla mostrando similitudes y recurrencias. Asimismo, los análisis cualitativos que se apoyan en herramientas cuantitativas promueven nuevas fuentes de conocimiento y reflexión. Pero antes incluso de ser utilizada por los investigadores, aquella resulta ser un proceso habitual de pensamiento común. La cuestión presente consiste en precisar el alcance de la comparación de los análisis basados en un enfoque biográfico y si ofrece un remedio a las limitaciones señaladas. Concretamente ¿ayuda a superar las dificultades inherentes a la reconstrucción de la temporalidad?

Lo que distingue su aplicación científica del uso ordinario es su carácter sistemático y el hecho de que la comparación atraviese todo el proceso de investigación. Bertaux (1997:48) lo señala explícitamente al apuntar que empieza desde el segundo relato de vida, y al tratarlo como un principio analítico continuado que secunda la problemática propiamente *sociológica* que orienta el trabajo. La comparación de las similitudes y diferencias así como del contexto en el que se dan, permite formular nuevas hipótesis comprensivas y explicativas a partir de las cuales se releen e interrogan cada uno de los relatos. La calidad del trabajo comparativo depende de la sistematicidad con la que se lleva a cabo y del enfoque de la investigación (construcción del objeto de estudio y de la muestra). No obstante, al ser aplicable a objetos muy distintos (decisiones y rupturas biográficas, diversidad de agentes sociales, situaciones socio-históricas, construcción y usos de categorías semánticas...) y, por lo tanto, tener que ser las modalidades de comparación también distintas, su alcance y control varían considerablemente y explican que el consenso existente en torno a su necesidad y pertinencia no se confunda con la existencia de un ‘método comparativo’ *ad hoc*.

22 "Las declaraciones personales escapan al subjetivismo -impresionista, imprevisible, gratuito- en la medida en que van unidas a las situaciones objetivas, a los datos de las condiciones concretas en las que el entrevistado o el 'narrador' viven" (Ferrarotti, 1983:161). Esta afirmación no ha perdido su fundamento. No obstante, en todo rigor, sería deseable poder tomar en consideración no sólo la situación presente de los informantes sino también las condiciones de producción de las acciones narradas.

23 En relación a esto, me parece fecunda la imagen utilizada por Lahire (1998) al sugerir que el tejido

En cualquier caso, las expectativas puestas en el ‘punto de saturación’ (como Bertaux lo denomina) llegan a cumplirse y tienden a marcar una cumbre en el curso de la investigación: en efecto, a partir de un determinado momento, las nuevas entrevistas generan, en el investigador, la ‘convicción’ (tanto más fiable a priori en cuanto que uno ha permanecido atento a rastrear sistemáticamente la materia y el espacio social concernidos) de que llega a una situación en la que los relatos se repiten de manera significativa (se pueden ubicar en el conjunto del espacio de los posibles, e incluso, anticipar su contenido referencial...) de tal modo que se empieza a hacer inteligible su ordenación relativa. Así en el trabajo antes citado sobre los ‘niños españoles’, a fuerza de extender y diversificar la muestra de las entrevistas biográficas, aprendimos ciertamente a discernir itinerarios típicos y puntos claves en las trayectorias, a reconstruir la variedad de puntos de vista que parecían derivar de éstos, a reconocer formas de ver y de hacer comunes y/o diferenciadas, a poner de relieve la “creencia como competencia” (Boureau, 1991), a identificar esquemas cognitivos y recursos semánticos, a esbozar espacios discursivos recurrentes y a ponerlos en relación con lo que intuíamos que eran características esenciales de los espacios sociales (presentes y pasados) en los que debíamos enmarcar estas producciones narrativas y sus referentes... En total, se puede juzgar el trabajo como positivo en tanto que hemos obtenido como ‘resultados’ un buen conocimiento del colectivo tal como se presenta en la actualidad. Ha permitido restituir algunos de los nudos semánticos y las lógicas discursivas (atendiendo comparativamente a la estructura social, cultural y económica, al contexto socio-político y a las condiciones de vida pasados y actuales), poner de relieve los campos sociales y la diversidad (y/o similitudes) de las pautas de evaluación desde los cuales se emiten las narraciones, reconstruir el espacio socio-discursivo a partir (y dentro) del cual los miembros presentan (y se representan) hoy en día su historia personal y colectiva. Los relatos y el trabajo de campo fueron también el punto de partida de un discurso socio-antropológico que dirime la visión simplista que los medios de comunicación de masas han fabricado con la complicidad de algunos de los protagonistas, y ayuda a precisar los resortes (cambiantes y ambiguos) de los procesos de identificación ciudadana²⁴.

Por el contrario, escapa de la investigación no sólo, como era de esperar, la historia tal como fue²⁵, sino el contexto y la importancia pasada (reales) de los hechos que hoy en día se destacan como sucesos ‘primordiales’, las múltiples reevaluaciones dictadas por ‘presentes’ sucesivos (a veces contradictorios y, en cualquier

social no se desarrolla llanamente sino que nos lo debemos representar en relieve con sus correspondientes ‘pliegues’ y ‘arrugas’

24 Trato esta cuestión en un trabajo todavía inédito, *Españoles en Rusia, rusos en España*.

25 Desde este punto de vista, me gustaría explicar que el título de nuestro libro no sólo responde a unos fines marcadamente comerciales, ajenos a nuestra voluntad, sino que encierra un error importante ya que, las fechas (1937-1997), tenían que haber sido aplicadas al subtítulo, *Narración y memoria*, y no al

caso, desvanecidos o caídos en olvido), las historias posibles que no han llegado a concretarse, los altibajos de la vida cotidiana que incidieron tácita o explícitamente en las inclinaciones y tomas de posición puntuales, la expresión de las diferencias sociales (significativas en los distintos momentos históricos) que han pasado luego a ser insignificantes, los temas tabúes o considerados como ilegítimos cuya existencia queda hoy en día denegada... hechos todos respecto a los cuales podemos hacer la hipótesis de que han ido conformando no sólo las prácticas y el espacio de relación/ evitación de los agentes sociales entre sí y con los demás individuos/grupos, sino también sus sistemas de disposiciones incorporados...

Como es previsible, las limitaciones del conocimiento al que acabo de aludir a modo de ejemplos, no tienen fácil solución. En efecto, no dependen de la construcción de la muestra o de las técnicas, ni tan siquiera del tiempo dedicado a la investigación o de la riqueza relativa de los documentos disponibles, y tampoco de la buena voluntad y cooperación de los informantes. El proceso de conocimiento topa con una multiplicidad de puntos ciegos que ninguna ‘memoria’ o instrumento (o material) disponible permiten llenar.

Ciertamente el tipo de investigación que hemos llevado a cabo contrasta fuertemente con los trabajos que, guiados por ‘cuestiones sociológicas’ más circunscritas, son más fácilmente delimitables y, por lo tanto, *a priori* controlables: averiguar las causas que explican las migraciones interiores de los aprendices panaderos desde el campo hacia la ciudad (Bertaux); o, con fines más teóricos que descriptivos y/o explicativos, poner en evidencia la existencia, en la misma persona, de un ‘patrimonio’ de disposiciones diferentes (Lahire)²⁶. En última instancia, se constata que, en estos últimos casos, la composición del grupo está dejada a la discreción del investigador que lo construye ‘a la medida’ de sus intereses de conocimiento. Como ya se ha señalado anteriormente las posibilidades de lograr los objetivos crecen en función del carácter más restringido del objeto investigado, la estructura y volumen de la muestra y el grado de homogeneidad del colectivo estudiado. Si el mal fuera tan fácilmente identificable, la solución sería obvia: siguiendo las mismas advertencias que invalidaban una descripción holística de las culturas tal como se practicaba antaño en antropología social, bastaría con abandonar la meta (decididamente falaz porque utópica) de abarcar la génesis de las prácticas sociales en su totalidad y de conseguir un conocimiento pormenorizado (sin menosprecio de sus dimensiones sociales, ciertamente, pero también pasadas, subjetivas, simbólico-cognitivas) y, en su lugar, con definir objetivos concretos fácilmente reconocibles, etc...

Sin embargo, no creo que un cambio en las estrategias de investigación resuelva la dificultad más fundamental. Sean cuales fueren, compartimos la obligación de

título. Tal cual figura, no tiene sentido históricamente ya que la URSS ha desaparecido antes de 1997.

someter a crítica nuestra labor interpretativa y controlar el valor exacto de nuestros datos. Aplicado al estudio de la temporalidad, esto obliga, entre otras cosas, a no dejarnos seducir por los relatos ‘testimoniales’ y a no confundir la génesis del pasado con *el relato* sobre la misma; a renunciar a presentar (representar) las versiones presentes de la experiencia como *reproducciones* (incluso entendiéndolas como subjetivas) de los hechos, de las situaciones o de las vivencias de entonces; a no atribuir más coherencia a las prácticas que las propiamente comprobables ni presuponer prematuramente la existencia de una continuidad entre las formas de ver y de hacer; a no tratar retroactivamente las disposiciones actuales como si estuvieran en el principio de la acción, con el menoscabo correspondiente del contexto (personal, social, histórico...) en el que la acción se ha desarrollado en el pasado; a no olvidar tampoco que la realidad pasada (al igual que la presente) no se definía únicamente por los procesos objetivos que podemos eventualmente -de existir fuentes escritas- llegar a reconstruir, sino también por dimensiones subjetivas de las que, con raras excepciones (cartas, diarios personales) se pierde inexorablemente la traza...

5. Conclusión

Para terminar esta revisión crítica, recordaré que mientras el historiador corre menos el riesgo de reíficar sus datos (*sabe de antemano* que no dispone de toda la cadena de causas que inciden sobre la realidad social y que, por lo tanto, colma las carencias con sus hipótesis explicativas), el investigador de campo que recoge (utiliza) relatos de vida está más predispuesto a dejarse llevar por las falsas evidencias que proporcionan la presencia física de las *personas* (el contacto directo con ellas) y la materialidad de sus *discursos* (testimonios orales, autobiografías...). De ahí que la cuestión más fundamental consista en reafirmar la necesidad de aplicar la vigilancia metodológica y epistemológica a lo largo de todas las fases de la investigación. En lo que precede me he detenido en particular en problemas que se plantean con especial viveza en los trabajos antropológicos: las posiciones respectivas de los investigadores y de sus informantes, los hábitos de pensamientos del conocimiento ordinario, el análisis contextual y la práctica comparativa como herramientas heurísticas.

El conjunto de advertencias examinadas no desemboca en un pesimismo que invalidaría el uso de relatos de vida. Por el contrario, se parte del presupuesto de que es un instrumento casi obligado no sólo para respetar las palabras de la gente y tener en cuenta las dimensiones subjetivas de la realidad, sino también para abordar (aunque sólo sea a modo de coyunturas) la génesis de la acción (agentes sociales, entorno social y práctico, objetos en juego...). Tampoco implica el planteamiento que el investigador deba renunciar a comparar e identificar procesos que sirvan de base para generalizaciones (parciales) a partir de datos biográficos. Como enseñan las premisas metodológicas del trabajo cualitativo y sostenido, la repetición y diversificación de los casos proporcionan precisamente un ‘laboratorio natural’ (como

decía Malinowski) que permiten atender a las variaciones, a los parecidos y a las diferencias tanto prácticas como simbólicas a las que los relatos apuntan individualmente y, por lo tanto, identificar *espacios de posibilidades* (históricos, sociales, cognitivos) plausibles en los que asentar las hipótesis explicativas e interpretativas. Sin embargo, ello no obsta que se haga más evidente que nunca el carácter fantasmagórico del proyecto de una antropología total, así como la necesidad de asumir que el investigador sólo puede contribuir al conocimiento de objetos fracturados e inacabados.

6. Referencias bibliográficas

- BARTHÉLÉMY, M.
 1990 "Voir et dire l'action". Pharo P. Quéré L., *Les formes de l'action*. Paris, EHESS 195-226.
- BERTAUX, D.
 1997 *Les récits de vie*. Paris, Nathan.
- BOREL, M. J.
 1995 "Le discours descriptif, le savoir et ses signes". Adam J.M., Borel M.J, Calame C., Kilani M., *Le discours anthropologique*. Lausanne, Éditions Payot, 21-64.
- BORUTTI, S.
 1999 "Interprétation et construction". Affergan F. (Dir.), *Construire le savoir anthropologique*. Paris, P.U.F., 31-48.
- BOURDIEU, P.
 1999[1993] *La miseria del mundo*. Madrid, Akal.
- BOUREAU, A.
 1991 "La croyance comme compétence". Critiques, 529/530, 513-526.
- CONEIN, B.
 1990 "Peut-on observer l'interprétation". Pharo P. Quéré L., *Les formes de l'action*. Paris, EHESS, 11- 334.
- CONINCK GODARD, F.
 1989 "L'approche biographique à l'épreuve de l'interprétation. Les formes temporelles de la causalité". Revue française de sociologie, XXX1, 23-53.
- DE CERTEAU, M.
 1975 *L'écriture de l'histoire*. Paris, Gallimard.

DEMAZIÈRE, D. Y C.; DUBAR

1997 *Analyser les entretiens biographiques*. Paris, Nathan.

DEVILLARD, M. J.

2003 "Notas sobre el proceso de conocimiento en antropología". *Recerca. Revista de pensamiento i análisis*, 2, 95-134.

DEVILLARD, M. J. ; R. OTEGUI, Y GARCÍA P.

1991 *La voz callada. Aproximación antropológico-social al enfermo de artritis reumatoide*. Madrid, Ediciones de la Consejería de Salud de la Comunidad de Madrid.

DEVILLARD, M. J.; A. PAZOS; S. CASTILLO y N. MEDINA

2001 *Los niños españoles en la URSS (1937-1997). Memoria y narración*. Barcelona, Ariel.

DODIER, N.

1990 "Représenter ses actions". Pharo P. Quéré L., *Les formes de l'action*. Paris, EHESS, 115-148.

DODIER, N. Y I. BASZANGER

1997 "Totalisation et altérité dans l'enquête ethnographique". *Revue française de sociologie*, XXXVIII, 37-66.

DUBET, F.

1990 "Action et autorreflexión". Pharo, P; Querré, L., *Les formes de l'action*. Paris, EHESS, 171-193.

DULONG, R.

1998 *Le témoin oculaire. Les conditions sociales de l'attestation personnelle*. Paris, EHESS.

FERRAROTTI, F.

1983 [1981] *Histoire et histoires de vie. La méthode biographique dans les sciences sociales*. Paris, Librairie des Méridiens.

FORNEL, M. DE

1991 "Voir un événement". Petit J.L. (dir.), *L'événement en perspective*. Paris, EHESS 97-122.

JACKSON, F. Y P. PETIT

1993 "Pour l'œcuménisme explicatif". Ladrière, P; Pharo, P; Querré, L. (Coord.), *La théorie de l'action. Le sujet pratique en débat*. Paris, CNRS Éditions, 23-51.

KILANI, M.

- 1995 "Les anthropologues et leur savoir. Du terrain au texte". Adam, J.M; Borel, M.J; Calame, C; Kilani, M., *Le discours anthropologique*. Lausanne, Éditions Payot, 65-100.

LAHIRE, B.

- 1998 *L'homme pluriel*. Paris, Nathan (versión española en prensa, Barcelona, Ediciones Bellaterra).
- 2002 *Portraits sociologiques. Dispositions et variations individuelles*. Paris, Nathan.

LAPLANTINE, F.

- 1999 *Je, nous et les autres. Être humain au-delà des appartenances*. Editions Le Pommier-Fayard.

LEJEUNE, PH.

- 1975 *Le pacte autobiographique*. Paris, Seuil.
- 1980 *Je est un autre. L'autobiographie, de la littérature aux médias*. Paris, Seuil.
- 1998 *Les brouillons de soi*. Paris, Seuil.

MEAD, G. H.

- 1992 [1929] "La naturaleza del pasado". Ramos Torre R., *Tiempo y sociedad*. Madrid, C.I.S, 63-72.

MILLS, W.

- 1968 [1967] *L'imagination sociologique*. Paris, Maspéro.

PASSERON, J.C.

- 1991 *Le raisonnement sociologique*. Paris, Nathan.

PETIT, J. L.

- 1991 "La constitution de l'évènement social" y "Oublier l'événement ?". Petit J.L. (dir.), *L'événement en perspective*. Paris, EHESS, 9-40; 259-262.

PHARO, P.

- 1993 *Le sens de l'action et la compréhension d'autrui*. Paris, L'harmattan.

PHARO, P. Y L. QUÉRÉ

- 1990 *Les formes de l'action*. Paris, EHESS.

POLLNER, M.

- 1991 "Que s'est-il vraiment passé?". Petit J.L. (dir.), *L'événement en perspective*, Paris, EHESS, 75-96.

QUÉRÉ, L.

- 1991 "Événement et temps de l'histoire". Petit J.L. (dir.), *L'événement en perspective*. Paris, EHESS, 263-281.

RICOEUR, P.

1983 *Temps et récit I. L'intrigue et le récit historique*. Paris, Seuil.

2000 *La mémoire, l'histoire et l'oubli*. Paris, Seuil.

VEYNE, P.

1971 *Comment on écrit l'histoire*. Paris, Seuil.